

tamente así lo es; y él es el que justifica los circuncidados por la fe, y los no circuncidados por esa misma fe. Y con estar los gentiles envueltos en vicios y crueldades horribles, y atollados hasta los ojos en el cieno de turpísimas carnalidades, no tuvo asco aquel Sancto Espíritu divino de morar en los corazones de tales monstruos; porque la gracia alcanzada por el sacrificio de Cristo era poderosa para hacer destes monstruos ángeles, y, como dice Sant Crisóstomo (h); por ella las mujeres públicas vienen á hacerse mas puras que las estrellas del cielo. Y esto es lo que por una maravillosa figura representó Dios al apóstol Sant Pedro (i); porque determinando enviarle á predicar á una casa de gentiles, y entendiendo que su Apóstol rehusaria tratar con gente tan abominable, mostróle en vision un lienzo que bajaba del cielo lleno de culebras, y víboras, y otros animales fieros, mandándole que los matase y comiese dellos. Mas rehusando el Apóstol la tal comida (como cosa sucia y defendida en la ley), fuéle respondido: Lo que Dios santificó no llames tú cosa sucia; dándole á entender que la divina gracia era poderosa para convertir los lobos en corderos, y las serpientes en palomas: esto es, los grandes pecadores en grandes sanctos. Y dichas estas palabras, el lienzo se volvió al cielo, de donde ántes habia venido. Y esto dice la Escritura que le acaesció tres veces en aquella vision, teniendo él á la sazón gana de comer. Por lo cual entendió el Apóstol la grande gracia y magnificencia de Dios, la cual se extendia por los méritos de Cristo á todas las naciones del mundo, por bárbaras, y fieras, y abominables que fuesen, porque el licor preciosísimo de la sangre del Cordero era poderoso para hacer de bestias fieras corderos. Estos favores y gracias nunca vistas en el mundo, ¿por qué causa se dieron, sino por aquel divinísimo y summo sacrificio de Cristo? El cual por razon de la dignidad de la persona que lo ofrecia, y de todas las otras circunstancias que en él concurrieron, fué de infinita accepcion en los ojos del eterno Padre, y bastante para redimir no uno solo, sino mil mundos. Este pues fué el primero y mas esencial fructo del árbol de la sancta Cruz, que fué satisfacer por los pecados del mundo, del cual se siguieron todos los otros.

## CAPITULO VIII.

Segundo fructo del árbol de la Cruz, que es la dignidad y gloria que nos vino por ella.

Este pues es el primer fructo del árbol de la sancta Cruz con que se redimió la primera y la mayor de nuestras necesidades, que era ser reconciliados con el eterno Padre mediante la satisfaccion de su unigénito Hijo. Deste primer fructo se sigue otros que es ser restituído el hombre en aquella primera dignidad y honra en que Dios lo habia criado. La cual dignidad y honra nos vino por haber querido el sanctísimo Hijo de Dios vestirse de nuestra naturaleza: en la cual gloria sobrepujamos aun á los ángeles, á quien esta gracia, como encarece el mismo Apóstol (a), no fué concedida. Vemos que cuando un grande rey casa con una doncella, todos los deudos de ella quedan honrados y ennoblecidos con este casamiento. Pues habiéndose el Rey de los reyes y Señor de los señores desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo de casamiento, que ni en vida ni en muerte se pudo desatar (pues en ambas naturalezas no hay mas

(h) Ex cap. 21. Matth. Hom. 68. infr. med. tom. 2. (i) Act. 10. (a) Hebr. 2.

que una sola persona), claro está que toda la naturaleza humana fué grandemente honrada y sublimada con esta nueva dignidad y parentesco del Hijo de Dios. Por donde puede ya el hombre con David decir á Dios (b): Tú eres, Señor, mi gloria y el que me heciste levantar cabeza; ca por el pecado quedé sumido en el profundo de los abismos, mas por este misterio encorporáste me contigo y hicíste me amigo tuyo, hermano tuyo, heredero tuyo, y como dijo Misiboset á David (c), asentáste me entre los convidados de tu mesa (que son los ángeles), haciéndome en esto igual á ellos. De aquí procedió que nasciendo este Señor en el mundo, y dando los ángeles gloria á Dios por este nascimiento, luego saludaron á los hombres, como á participantes desta gloria, diciendo (d): Paz sea á los hombres de buena voluntad; reconociéndolos por hermanos, por compañeros de su gloria, por ciudadanos de un mismo reino, por hijos de un mismo padre, y partes principales de una misma república.

Y no solamente la naturaleza humana de que se vistió Cristo honró al hombre, mas tambien el valor del precio con que fué rescatado y librado de su vana conversacion que, como dice el apóstol Sant Pedro (e), no fué oro ni plata, sino la sangre preciosa de aquel Cordero inocentísimo y purísimo, conocido de Dios ántes de la creacion del mundo y manifestado en el fin del mundo. Por donde dice Sant Bernardo (f): Maravillosa fué la dignacion de Dios que así quiso buscar al hombre, y maravillosa la dignidad del hombre así buscado de Dios; en la cual, si quisiere podrá justamente gloriarse, no por lo que es de sí mismo, sino por lo mucho en que lo estimó su Redemptor comprándolo por su sangre. La cual dignidad explicó el apóstol Sant Pedro cuando dijo (g) que los fieles éramos llamados á la participacion del rocío de la sangre de Cristo, que es á la comunión de la dignidad y de los fructos admirables que por esta preciosa sangre nos vinieron.

Pues ¿qué se sigue de aquí sino que viendo el hombre esta nueva nobleza y dignidad, no se abata á cosas viles, y rastreras, y indignas de su generosidad, viéndose redimido por tal precio y hermanado y encorporado con Cristo? Por lo cual dice Sant Augustin (h): Conoce, hombre, cuánto vales y cuánto debes; y considerando el precio por que fuiste comprado, no te tengas en poco ni te abatas á las bajezas del mundo. Porque de otra manera vendrás á ser deudor y reo, no de pequeño precio, sino de la sangre de Cristo, si afeas y amancillas el ánima purificada con su sangre, abatiéndola á la vileza de los vicios carnales, y cambiándola por el gusto de los apetitos sensuales. Por tanto si no conoces tu dignidad, aprende á estimarla por este precio y no hagas della tan gran barato. Porque si aquel tan sabio mercader que vino del cielo, el cual tan perfectamente conocia el valor de nuestras ánimas, las estimó en tanto que no dudó comprarlas con su sangre, ¿cómo tiene el hombre atrevimiento para venderlas y ponerlas otra vez en poder del enemigo por un poco de interese corporal ó por la golosina de un deleite bestial? Pues esta consideracion hizo que todos los sanctos no se acevilasen y abatiesen á la baja del pecado, por no poner mácula en la dignidad y gloria que por este misterio les vino; teniendo por cosa indignísima, viéndose levantados á la dignidad de hijos de Dios y

(b) Psalm. 5. (c) 2. Reg. 49. (d) Luc. 2. (e) 1. Pet. 1.

(f) In Vig. Nat. Domin. ser. 3. (g) 1. Pet. 1. (h) De Tempor. Ser. 120. Dom. Palmar. tom. 10. in Append.

miembros de Cristo, volverse á hacer esclavos del demonio y miembros de Satanás, y perder por la sombra de un vano deleite lo que por tan caro precio fué comprado.

## CAPITULO IX.

Tercero fructo del árbol de la Cruz, que fué alcanzar por medio della un summo sacerdote que interceda por todas nuestras necesidades ante el acatamiento del eterno Padre.

Demas de lo dicho teniamos tambien necesidad de un fiel abogado y summo sacerdote que ante el eterno Padre abogase por nosotros y procurase el remedio de infinitas necesidades de que estamos cercados en esta vida, así del cuerpo como del ánima. Porque las enfermedades del cuerpo, sus necesidades, sus desastres y pobreza son innumerables; de las cuales nadie en este valle de lágrimas está exempto, y mucho ménos los que viven en el estado de matrimonio; los cuales, como dice el Apóstol (a), están sujetos á mayores trabajos; ca no solamente sienten los de sus personas propias, sino tambien los de los hijos, mujeres y maridos, que se sienten á veces mas que los propios.

Estas miserias son de los cuerpos; mas ¿cuánto mayores son las de las ánimas, esto es, de la fuerza de nuestras pasiones y apetitos desvariados? Los cuales despedazan nuestros corazones, inquietan nuestras vidas, abátannos á la tierra, captivan nuestras voluntades, enlázanos en mil cuidados, perturban la paz de nuestro corazon, privánnos de la verdadera libertad, hácnos esclavos de nuestra carne, y sobre todo, apártannos muchas veces de nuestro legítimo y verdadero Señor. Pues con estas cosas el miserable hombre recibe aquí la pena de su pecado. Porque, como dice Sant Augustin hablando con Dios (b), mandáste lo, Señor, y verdaderamente es así, que el ánimo desordenado sea tormento de sí mismo. Pues ¿qué diré de los lazos y tentaciones de nuestro comun adversario, que son sin cuento, el cual como leon rabioso busca siempre á quien tragar?

Pues volviendo á nuestro propósito, siendo tantas y tan continuas las miserias desta vida, teniamos necesidad de un perpetuo abogado y sacerdote ante la majestad del eterno Padre, para que entreviniere en el remedio de tantas necesidades; el cual le fuese tan accepto que aunque perpetuamente abogase por nosotros nunca jamas lo enfadase. Pues este tal abogado no podia ser otro sino el mismo Hijo del eterno Padre infinitamente amado. Este es pues el que asiste siempre en su acatamiento, representándole aquellas preciosas llagas y aquella sagrada humanidad que tomó por nuestra causa; porque esta continua representacion es la continua intercession con que aboga por nosotros.

Y no contento el Padre eterno con habernos proveído de tal intercesor, para esforzar nuestra confianza prométenos esto con un muy solemne juramento, como lo testifica David por estas divinas palabras (c): Juró Dios, y no se arrepentirá de lo que juró: Tú serás sacerdote eterno segun la orden de Melquisedec. ¿Qué negocio es este tan grande que se hace con tanta solemnidad? Callo aquí el misterio que está encerrado en este nuevo sacerdocio de Melquisedec, de que el Apóstol hace tanto caso y declara tan por extenso (d). Solamente pregunto, ¿á qué propósito dice el Profeta que juró Dios,

(a) 1. Cor. 7. (b) In Psalm. 56. cont. 2. tom. 8. (c) Psalm. 109. (d) Hebr. 7.

pues bastaba decir que lo dijo, sin que lo jurase, pues él es la misma verdad? Y sobrando tambien decir que lo juró, ¿para qué añade que no se arrepentirá de lo que juró, pues en Dios no cabe arrepentimiento de lo que dice, ni de lo que hace? Todo esto era necesario para declarar la infinita accepcion deste summo Sacerdote, para esforzar la flaqueza de nuestra confianza; porque quien tantas mil veces en la vida pide perdon por Cristo de unas culpas sobre otras, y quien tantas veces pide por el remedio de necesidades sobre necesidades, y de miserias sobre miserias, pudiera desmayar diciendo: Tengo ya tantas veces alegado este nombre, tengo tan cansada la paciencia divina, provocado su ira, importunado su misericordia, que no puede haber merecimientos tan grandes, que no estén agotados con tantas expensas como cada día se hacen destes merecimientos, y con tan repetidas oraciones como continuamente se hacen por este nombre. Porque quien estuviere atento á las voces de todos los altares y de todos los oficios divinos, verá que todas las peticiones y oraciones de la Iglesia se acaban con estas palabras: *Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum, etc.*: que es pedir al Padre eterno mercedes y remedio por los méritos de su unigénito Hijo. Pues siendo esto así, pudiera algun flaco (midiendo las cosas de Dios con el estilo del mundo) imaginar que estaria Dios ya enhastado con el sonido perpetuo destas voces y deste nombre tantos mil cuentos de veces alegado y repetido. Mas la bondad y sabiduría divina, compadeciéndose de nuestra rudeza, añadió aquella palabra: *Y no se arrepentirá*; la cual no solamente no es superflua, mas ántes es grandemente significativa, porque tácitamente nos declara que por mas importunidades y peticiones que haya por este nombre, aunque sean mas que las arenas de la mar, nunca el eterno Padre se empalagará de oír estas voces; porque al cabo todas ellas son finitas, mas los méritos deste summo Sacerdote son infinitos. Y demas desto los hombres suelen arrepentirse de lo que prometen, cuando por curso de tiempo experimentan haberse obligado á mas de lo que podian. Mas en aquella summa sabiduría no cabe tal ignorancia; y por esto no se arrepentirá de lo que prometió, porque supo muy bien lo que prometia, y por quien lo prometia. Sea pues bendito tal dador, y bendito tal sacerdote, y bendita tal providencia que así proveyó á nuestras miserias; y maldita sea nuestra desconfianza, y nó ménos nuestra negligencia, que teniendo tal valedor, tal intercesor y tal abogado, dejamos perder tantos bienes, cuantos por él podríamos alcanzar; pues nos tiene Dios abiertas las arcas de sus tesoros, y entregó las llaves dellos á un Señor, que siendo hijo suyo es hermano nuestro, nuestra carne y nuestra sangre, y tiene poder general para repartir con sus hermanos estos tesoros, si se quisieren disponer para recibirlos.

## CAPITULO X.

Cuarto fructo del árbol de la Cruz, que es el conocimiento de Dios, y de todo lo demas que pertenece á nuestra salvacion.

Procediendo mas adelante por las necesidades y remedios del hombre, demas de lo susodicho tenia grande necesidad de conocimiento de Dios; porque este es el primer principio de todos los pasos que se dan en la vida cristiana. Esta es la primera rueda deste reloj, el fundamento deste espiritual edificio de las virtudes, y es como el primer cielo, que es causa del movimiento de todos

los otros cielos. Pues la perfeccion deste conocimiento perdió el hombre por el pecado; de donde nacieron tantas maneras de errores, de idolatrías, de sectas y herejías, como ha habido en el mundo. Porque así como la primera cosa que hicieron los filisteos que prendieron á Samson (a), fué quebrarle los ojos (después de lo cual hicieron dél todo cuanto quisieron): así la primera cosa que hace el demonio en captivando un ánima, es escurecerle esta vista espiritual; después de lo cual hace della todo cuanto quiere, puesto caso que no le quita por eso la fe, sino hace obras contrarias á ella. Para remedio desta ignorancia sirve toda la fábrica deste mundo, que da testimonio de la grandeza de Dios, como dice el Salmo (b): Los cielos predicán la gloria de Dios, etc.

En este libro leyeron muchos hombres, y conocieron que había Dios hacedor desta obra tan grande, aunque no supieron cuál era; y en este señaladamente estudiaron los filósofos que toda la vida emplearon en el conocimiento de las obras de naturaleza; para venir por ellas en conocimiento de la primera causa de donde procedían. Mas con todo este estudio alcanzaron muy poco deste conocimiento; porque aunque conocieron algo de la omnipotencia, sabiduría y hermosura de Dios, por el artificio admirable de las cosas criadas, pero alcanzaron muy poco de las otras perfecciones suyas. Porque muchos dellos negaron su providencia (c), pareciéndoles que era cosa indigna de aquella altísima y purísima substancia, bajarse á entender en las poquedades de los hombres. Pues teniendo ellos ignorancia de la Providencia divina, forzosamente habían de tenerla de la justicia y de la misericordia, de la benignidad y caridad de Dios para con los hombres. Y este conocimiento es el que hacía mas al caso para hacer al hombre religioso y honrador de Dios; porque el conocimiento de la bondad y caridad de Dios nos hace amarle, el de la justicia temerle, el de la misericordia esperar en él, y el de la providencia obedecer y servir á un Señor tan universal, que tiene cargo de todo lo criado. Por do parece que este conocimiento es fuente de toda religion y justicia, de que los filósofos supieron tan poco, y por eso tuvieron tan poca cuenta con Dios. Por lo cual dice el Apóstol (d), que porque el mundo no había conocido á Dios por esta obra de tanta sabiduría, determinó hacer otra que á los ojos del mundo pareciese locura (que fué la obra de la encarnacion), por la cual se nos dió un tan grande conocimiento de todas las perfecciones divinas, especialmente destas que hacían mas á nuestro caso, que por ninguna otra vía se pudiera dar mayor. Porque realmente si todos los hombres se juntaran en un concilio, y trataran por qué vía, ó por qué género de obra pudiera Dios mostrar mas claramente la grandeza destas cuatro perfecciones suyas, no pudieran inventar, ni desear otra obra mas eficaz que esta de su sagrada encarnacion y pasion. Porque si á la bondad de Dios pertenece comunicarse á sus criaturas, ¿qué mayor comunicacion que comunicar Dios su mismo sér personal al hombre, de tal manera que con verdad se diga, que el hombre es Dios, y que Dios es hombre (e); y junto con esto comunicarle todos los trabajos y merecimientos de su pasion, y con ellos tambien la gloria y vida eterna que por ellos se alcanza?

(a) Jud. 16. (b) Psalm. 18. (c) Cont. quos Aug. lib. 83. qq. 4. 82. tom. 4. et in Ps. 72. etc. (d) 1. Cor. 1. (e) D. Thom. 3. p. 4. 16. art. 2.

Pues ¿qué mayor comunicacion de bienes se pudiera desear mas que esta? Y si á la misericordia pertenece compadecerse de las miserias ajenas, ¿qué mayor misericordia que tomar el Hijo de Dios sobre sí todas las deudas del género humano, y hacerse fiador y principal pagador dellas? Así lo profetizó Esaiás cuando, hablando deste Señor, dijo (f): Todos nosotros anduvimos descariados como ovejas perdidas; mas el Señor puso sobre sus hombros todas nuestras maldades. Y no menos resplandece en este misterio la divina justicia que su misericordia, aunque parece la una contraria á la otra. Porque si á la entereza de la justicia pertenece tomar satisfaccion de las culpas, ¿qué mayor satisfaccion que la que el Salvador voluntariamente ofreció por ellas en el altar de la Cruz? Porque mucho mas es morir Dios, que morir eternamente todos los hombres; y mucho mas fué ofrecerse en satisfaccion la vida de Dios, que las vidas de todos los hombres. Y si á la Providencia conviene tener cuidado de encaminar los hombres por debidos medios á su último fin, ¿qué mayor providencia que después de haber Dios entendido en este negocio por medio de patriarcas, y profetas, y de los mismos ángeles, no contento con esto, bajar él mismo del cielo á la tierra, vestido de carne humana, y andar treinta y tres años por este mundo buscando la oveja perdida, y no parar hasta traerla sobre sus hombros á la manada, y hacer medicina de su misma sangre para curarla?

Y no solo por aquí se alcanza este tan alto conocimiento de las perfecciones de Dios, sino tambien de todas las otras cosas que pertenecen á nuestra salud. ¿Quieres conocer qué tan grande sea la gloria que está aparejada para los buenos? Mira este Señor en toda su vida, y señaladamente en la Cruz derramando cuanta sangre tenía; y esto te dirá qué tan grande sea aquel bien que se compró por tan caro precio como fué aquella sangre, de la cual una gota valía mas que mil mundos. Por lo cual nunca la puerta del cielo se abrió á ninguno de todos los justos, hasta que este precio se pagó; el cual después de pagado, las puertas que ántes estaban cerradas á los justos, se abrieron hasta á los ladrones.

¿Quieres tambien saber qué tan grande sea la pena de los condenados? Baste para esto poner los ojos en la Cruz, y mirar que aquel Señor, que tan bien lo sabía, tuvo tanta compasion de vernos condenados á esta pena, que siendo nosotros tan grandes enemigos suyos, y tan indignos de misericordia, quiso él ántes beber el cáliz de la pasion, y satisfacer con ella á las leyes de la justicia divina, que vernos padecer esta tan grande pena. Pues ¿cuál debe ser aquella pena, para cuya absolucion convino que el Hijo de Dios padeciese las mayores penas en cuerpo y ánima, que se han padecido y padecerán jamas?

Pues desta manera podremos filosofar y entender el precio y valor de todas las cosas espirituales, que es aquella ciencia que Séneca estimaba en mucho, cuando decía: ¿Qué cosa hay mas necesaria que poner precio á las cosas, y conocer el valor dellas, porque no démoslo precioso por lo despreciado? Pues en esta balanza de la Cruz puede el hombre pesar el valor de su ánima, la excelencia de la gracia, la hermosura de la virtud, y la fealdad del pecado, y otras cosas semejantes. De las cuales cosas tratamos mas copiosamente en otro lugar (g). Démos pues todos gracias al Señor, que así supo en una

(f) Cap. 53. (g) Concione 2. Thom. Apostol.

obra, y en una palabra tan abreviada enseñar á los simples tantos y tan profundos misterios. Por donde no de balde dijo el Apóstol (h) que Cristo era nuestra sabiduría, pues en él, y por él se sabía todo. Y por esta misma causa este glorioso Apóstol (i), siendo lumbré del mundo, doctor de las gentes, vaso de eleccion, secretario de la divinidad, y de las maravillas del tercero cielo (adonde había estudiado el Evangelio), con todo esto osa decir que ninguna cosa sabía sino á Cristo, y este crucificado; porque en solo él lo sabía todo (k). Y por razon deste tan excelente medio que nos fué dado para conocer á Dios, dijo el profeta Esaiás (l), que cuando este Señor viniese al mundo, la tierra estaria tan llena de sabiduría como las aguas de la mar cuando crecen y se explayan sobre la tierra.

Deste modo pues este Señor por una manera maravillosa se encubrió para descubrirse; porque encubriendo la gloria de su divinidad con la capa de nuestra humanidad, dió al mundo esta tan clara noticia de su bondad y de las perfecciones suyas. Porque los que no podíamos contemplar la luz inaccesible de su divinidad, pudimos verle cubierto con el velo de nuestra humanidad. La figura de lo cual nos representó Moisen, en su persona (m): el cual, después de haber conversado con Dios cuarenta dias en el monte, bajó de allí con tan grande resplendor, que no podían mirarle á la cara los hijos de Israel. Por lo cual el santo varon la cubrió con un velo; y desta manera le podia el pueblo mirar y conversar. Pues de semejante consejo usó el altísimo Hijo de Dios con nosotros, para que los ojos turbios que no alcanzaban á verle en su propia forma, le viesen cubierto con este velo en la ajena.

## CAPITULO XI.

Quinto fructo del árbol de la Cruz, que es la divina gracia que por ella se nos da.

No bastaba para alcanzar la virtud el conocimiento della y de todas las otras cosas que á ella pertenecen, si no se aficiona y conforma la voluntad con los pareceres y determinaciones del entendimiento, mayormente siendo verdad que mas pecan los hombres por la depravacion de la voluntad, que por la ignorancia del entendimiento. Por lo cual era necesario para la perfecta sanidad del hombre, que demas de la lumbré del entendimiento, se curase y reformase la voluntad, para que fácilmente obedeciese á los pareceres del entendimiento; pues este es proprio oficio de la gracia por medio de las virtudes que della proceden, la cual nos mereció el Salvador mediante el sacrificio de su pasion. Y así dijo Sant Juan (a), que la ley fué dada por Moisen; mas la gracia y la verdad fué hecha por Cristo. Por la cual causa la nueva ley se llama ley de gracia, porque lo principal que hay en ella, es la gracia que por Cristo se nos da. Ca, segun dice Sancto Tomás (b), la denominacion y título de las cosas se toma de lo mas principal que hay en ellas. De manera que Moisen nos enseñó lo que habíamos de hacer, mas Cristo nos dió virtud y fuerzas para podello hacer. Porque, como dice Sant Augustin (c), la ley fué dada para que se buscasse la gracia, y la gracia fué dada para que se cumpliese la ley. Y en otro lugar dice él (d):

(h) 1. Cor. 1. (i) Act. 9. 2. Cor. 12. (k) 1. Cor. 2. (l) Esai. 11. (m) Exod. 34. (a) Joan. 1. (b) 4. dist. 18. q. 1. art. 1. q. 1. ad 3. (c) De Spiritu, et littera ap. 19. tom. 5. (d) Et ad Bonifac. contr. Pelag. lib. 3. c. 2. tom. 7.

La ley manda, la fe impetra; mas la gracia cumple lo que manda la ley. Pues aquí está la llave de todo nuestro remedio; porque (como dijimos) no pecan tanto los hombres por la ignorancia del entendimiento, cuanto por la corrupcion de nuestro apetito, pues como dijo el Poeta: Veo lo mejor, y apruébolo, y con todo esto sigo lo peor. Esta dolencia dice Sant Augustin (e) que declaró la ley, y curó la gracia.

Los frutos y efectos desta gracia ¿quién los contará? Mas los mas principales y como fuentes de todos los otros son tres. El primero es perdon de pecados; porque así como amaneciendo la luz desaparecen las finieblas de la noche, así entrando la luz de la gracia en el ánima, huyen las finieblas de todos los pecados della. El segundo y mas proprio efecto suyo es hacer al ánima graciosa y hermosa en los ojos de Dios; porque quitadas las manchas de los pecados que la afeaban y escurecian, queda ella limpia y hermosa en los ojos divinos. Por lo cual el Espiritu Sancto la toma por morada, y el Padre eterno por hija, y por título de hija la hace heredera de su gloria.

El tercero efecto de la gracia (entendiendo por la gracia no solo las virtudes infusas que della proceden, sino tambien todos los auxilios y favores que por Cristo se nos dan) es santificar las ánimas, y darles fuerzas nuevas para vencer todas las dificultades que se atraviesan en el camino de la virtud; y particularmente para domar y enfrenar la rebeldía de las pasiones y malas inclinaciones, que perturban la paz y sosiego de la consciencia, y nos son grande impedimento para esa misma virtud.

Pues qué tan grande beneficio sea este, no se puede entender, sino conocidos los estragos que en el mundo han hecho y hacen estas pasiones, cuando se desmandan y salen de madre. Mas estos ¿quién los contará? ¿De qué otro principio han procedido todas las guerras y deramamientos de sangre que ha habido en el mundo? ¿De dónde todos los desafíos y muertes violentas de personas particulares? De dónde todos los adulterios, incestos, sacrilegios, robos y maleficios? De dónde la ambicion, la soberbia, y el avaricia, y la invidia, y los grandes excesos y gastos en comer y beber, con todos los otros pecados? Y finalmente, ¿de dónde toda la dificultad que nos aparta de la virtud, sino deste pestilencial seminario de males, que son nuestras pasiones, cuando desechan el yugo del temor de Dios, y freno de la razon? Pues las congojas que los hombres dentro de sí padecen con deseos de infinitas cosas que no pueden alcanzar, la guerra interior de las mismas pasiones, cuando pelean unas con otras deseando cosas contrarias, los cuidados, y congojas, y temores, y tristezas desordenadas, que las mismas pasiones (cuando andan sin freno) traen consigo, ¿quién las contará?

Por lo cual no es de maravillar que el Apóstol (declarada la rebeldía y furia destas pasiones, tomando en sí la persona del hombre pecador) exclamase diciendo (f): ¡Desventurado de mí! ¿Quién me librará deste cuerpo causador de la muerte de mi ánima? A esto responde luego él mismo, diciendo que deste tan grande mal nos libra la gracia que se nos da por Cristo. El cual, mediante el sacrificio de su pasion, no solo nos alcanza perdon de los pecados, sino tambien fortaleza y gracia para evitar-

(e) In Ps. 118. Cont. 16. t. 8. (f) Rom. 7.

los, y mortificar y vencer estas bestias fieras que nos inquietan y derriban en ellos.

La figura desto precedió en aquel sacrificio de Gedeon (*g*): al cual apareciendo un ángel, y prometiéndole victoria de los madianitas, y creyendo Gedeon ser aquel ángel algun hombre sancto, le ofreció un cabrito cocido; mas el ángel no lo quiso comer, sino mandóle que le pusiese sobre una piedra y derramase el caldo encima dél. Y esto hecho, el ángel tocó la piedra con una vara que traía en la mano, y á la hora salió fuego de la piedra, y consumió así el cabrito como el caldo que sobre él se habia derramado. Pues ¿qué piedra es esta de que salió este fuego, que consumió aquel sacrificio, sino Cristo nuestro Salvador (*h*) (que es la piedra angular y fundamental de la Iglesia), el cual con el sacrificio de su pasión consumió no solamente todos los pecados significados por el cabrito, sino tambien las raíces dellos, que son los apetitos de nuestra carne, figurados, como dice Sant Ambrosio (*i*), en aquel caldo que se derramó sobre él? Y esto es lo que Sant Pablo (*k*) significó, cuando dijo que nuestro viejo hombre (que es el apetito de nuestra carne) habia sido juntamente crucificado con Cristo; porque por el mérito de la Cruz se da gracia á los fieles, no solo para evitar los pecados, sino tambien para mortificar las raíces dellos, que son nuestro hombre viejo. Porque como aquel caldo tenia parte de la substancia del cabrito, así estas pasiones tienen alianza y parentesco con los pecados, pues nacieron del pecado, y son causa dél.

Mas el fuego que consume todos estos males procedió de aquella piedra, siendo primero tocada con la vara del ángel. Pues ¿qué significa el tocamiento de la vara para sacar fuego de la piedra, sino el tocamiento de la vara de la justicia divina, la cual siendo ejecutada en la piedra mística, que es Cristo, consumió todas nuestras culpas y pecados? Este fué aquel tocamiento de que el Padre eterno, hablando de su unigénito Hijo por Esaías, dice (*l*), que por los pecados de su pueblo lo habia él herido, esto es, entregado á la muerte.

Esta figura, aunque tenga otras cosas sobre que filosofar, no he traído para mas que para declarar cómo por los méritos del sacrificio de Cristo se nos da, como dijimos, no solo perdon de los pecados, sino tambien gracia para vencer las raíces y causas dellos. Las cuales mortificadas y desterradas de nuestra ánima, resulta en ella una maravillosa quietud y tranquilidad, y aquella paz interior, que, segun el Apóstol (*m*), sobrepuja todo lo que naturalmente se puede entender, y segun Esaías (*n*), es como un rio clarísimo que baña y refresca todas las potencias de nuestra ánima con tan grande sosiego y alegría, que nadie la puede conocer sino aquel que la ha experimentado (*o*).

El que aquí ha llegado, el que esta paz siente en su ánima, el que se ve libre destas fieras despedazadoras de los corazones humanos, quiero decir, el que no padece en sí deseos ansiosos de deleites, de honras, de riquezas, de dignidades, de privanzas y medranzas y cosas semejantes, ántes todas estas cosas ha puesto debajo los piés, teniendo la cobdicia dellas por materia de innumerables cuidados y congojas, y por red y lazos de las ánimas, y finalmente por impedimento de la ver-

(*g*) Jud. 6. (*h*) Psalm. 117. Matth. 21. (*i*) In proemio libri. 1. de Spiritu Sancto, tom. 4. (*k*) Rom. 6. (*l*) Esai. 53. (*m*) Phil. p. 4. (*n*) Esai. 48. (*o*) Apoc. 2.

dadera paz y felicidad: este entenderá mejor el beneficio de la redempcion de Cristo, este conocerá verdaderamente que Cristo es redemptor del género humano, si él se viere redemido y librado del yugo y servidumbre destes tan crueles tirannos.

Y puesto caso que la virtud desta redempcion se conocerá perfectamente en la otra vida, cuando por ella se vieren los escogidos libres de las penas del infierno, y hechos ciudadanos y moradores del cielo, pero en su manera tambien se conoce algo della, cuando el hombre se siente libre destes tirannos. Y este tal sabrá dar gracias á su Redemptor por este beneficio, como las daba Sant Augustin, hallándose libre de sus pasiones antiguas, de que hasta entónces era esclavo y cautivo; y así comienza el libro noveno de sus Confesiones diciendo: Rompiste, Señor, mis ataduras; á tí sacrificaré sacrificio de alabanza, y invocaré tu sancto nombre.

Pues este tan grande beneficio, con otros muchos, se dió al mundo por virtud de la gracia merecida por aquel divinísimo sacrificio de la pasión de nuestro Redemptor: la cual gracia nos comunica él por muchas maneras. Porque primeramente él nos mereció la primera gracia, que es la gracia de la conversion y justificación, por la cual somos justificados, esto es, de pecadores hechos justos; y así somos recibidos por hijos de Dios y herederos de su reino. Porque estando el hombre en pecado y en desgracia de Dios, no puede hacer obra que le sea agradable, y por la cual merezca que Dios le saque de aquel mal estado. Mas lo que el pecador no podia por sí merecer, nos lo mereció el Hijo de Dios por la obediencia de la Cruz: por la cual el Padre eterno previene con la gracia de su llamamiento á los que él es servido de sacar de pecado. Y despues desta primera gracia, él nos mereció todas las otras gracias que se requieren para nuestra salvacion: de tal manera que nunca hasta hoy dió, ni dará jamás el Padre eterno, un solo grado de gracia, que no sea por el mérito de la pasión de su unigénito Hijo.

Mas allende destes comunes medios se comunican diversas maneras de gracias por los siete sacramentos de la nueva ley: los cuales aunque tengan diversos efectos para remedio de diversas necesidades de nuestras ánimas, pero todos ellos concuerdan en un comun efecto, que es dar gracia á quien no pone impedimento para recibirla. Mas desta materia dirémos algo en el capítulo siguiente.

Y no contento con habernos merecido la gracia por el sacrificio de su pasión, agora en el cielo nos la está procurando por medio de su intercesion. Por todas estas vias se nos comunica la gracia en tanta abundancia, que por esta razon llama Esaías (*p*) á la Iglesia lugar de rios abundantísimos y abiertos para todos. Pues siendo tantas las riquezas desta gracia, nadie se puede con razon quejar que le falte el socorro de la gracia: ántes, como dice Sant Bernardo (*q*), con mas razon se podria quejar la gracia que faltamos nosotros á ella, que no ella á nosotros.

#### CAPITULO XII.

Sexto fruto del árbol de la Cruz, que son los sacramentos de la ley de gracia.

Síguese otro admirable fruto del árbol de la sancta Cruz, que son, como acabamos de decir, los siete sa-

(*p*) Esai. 53. (*q*) In Annunt. B. M. serm. 3.

cramentos de la ley de gracia, los cuales son como canales por donde se deriva el fruto de la sacratísima pasión en nuestras ánimas. Para lo cual conviene presuponer que las causas universales no producen sus efectos, sino mediante el ministerio de otras particulares; porque, poniendo ejemplo, el sol, que es criador de todas estas cosas inferiores, no producirá por sí solo trigo, si el labrador no lo sembrare. Y lo mismo digo de todas las otras plantas y semillas. Pues como la pasión de nuestro Redemptor sea causa universal de todos los bienes espirituales, era necesario haber sacramentos, que son como causas particulares, mediante las cuales la causa universal obrase diversos efectos en las ánimas que dignamente los reciben. Destos sacramentos hablaremos en otra parte mas por extenso; mas quanto toca al lugar presente, bástanos saber que estos siete sacramentos son aquellas fuentes de agua viva (*a*), que saltan hasta la vida eterna, de que decia el profeta Esaías (*b*): Cogereis aguas con alegría de las fuentes del Salvador. Donde no dice fuente, sino fuentes: que son los siete sacramentos, de donde manan siete diferencias de aguas de gracia apropiadas al remedio de todas las maneras de flaquezas y dolencias espirituales de las ánimas. Estos son como los siete planetas que gobiernan este nuevo mundo de la Iglesia con la virtud de sus influencias, y los caños por donde se deriva el agua de la gracia que sale de la fuente del costado de nuestro Salvador.

Entre estos sacramentos el mayor es el del cuerpo y sangre de nuestro Redemptor, donde él está todo entero, cuerpo, ánima, y divinidad; mas el primero en la orden (que es como puerta para todos los otros) es el sancto bautismo. Y en el ministerio destes dos sacramentos se nos representa que la gracia que se da en ellos procede de la pasión de Cristo. Porque en el sacramento del altar se ofrece la misma carne y sangre de Cristo, porque por aquí entendamos que la gracia que por él se nos da, es por virtud del sacrificio desta preciosa carne y sangre. Asimismo en el sacramento del bautismo tambien se representa la sagrada pasión. Porque cuando toman la criatura y la meten debajo del agua, se representa, como dice el Apóstol (*c*), la muerte y sepultura de Cristo; y por el mérito desta muerte mueren allí enteramente todos los pecados de la vida pasada, sin quedar dellos culpa ni pena.

Lo mismo tambien nos representan los egipcios (*d*) que perseguian á los hijos de Israel á la salida de Egipto, que fueron ahogados en el mar Bermejo: lo cual nos significa que los crueles enemigos del ánima (que son los pecados) se ahogan y mueren en el agua del sancto bautismo. De donde sucedió que los hijos de Israel, que ántes temblaban y huían destes enemigos, despues que los vieron muertos á la orilla del agua, ya no les eran materia de temor, sino de alegría y hacimiento de gracias, viéndose libres dellos. Y así comenzaron á alabar á Dios, diciendo: *Cantemus Domino: gloriosè enim honorificatus est, etc.* Pues esta virtud tiene el sancto bautismo: el cual ahogando los pecados, que ántes de ser perdonados nos eran causa de temor, despues de ahogados en este mar nos son materia de alegría y alabanza. Esto es propio de la virtud deste sacramento; aunque ni por esto puede tener nadie certidumbre de fe que está en estado de gracia; mas puede tener grandes conjeturas dello.

(*a*) Joann. 4. (*b*) Cap. 12. (*c*) Col. 2. (*d*) Exod. 14.

Lo mismo tambien nos representa el agua (*e*) que salió del costado de nuestro Redemptor, herido con la lanza: para darnos á entender que de aquella preciosa herida, con las demas que recibió, salió la virtud del agua del sancto bautismo, con que nuestras ánimas son lavadas y purificadas; y salieron tambien las aguas de las gracias que se dan en los otros sacramentos para remedio dellas. Y esto nos representó el Señor en la formación de la primera mujer, la cual hizo de una costilla que tomó de Adam cuando dormía (*f*). En lo cual nos figuró, que del lado del segundo Adam, cuando dormía el sueño de la muerte en la Cruz, sacó Dios su Esposa, que es la Iglesia; porque de allí, como de una caudalosa fuente, manó la gracia de los sacramentos, por quien la Iglesia recibe el sér espiritual que tiene de Esposa de Cristo. Y por esta razon se dice haberle sacado la Esposa de su lado; porque dél manó la gracia de los sacramentos que le dieron este nuevo sér y dignidad. Pues este sacramento con los demas, es uno de los principales frutos del árbol de la Cruz, con el cual las ánimas se curan, y lavan, y recrean, y esfuerzan, y sustentan en la vida espiritual; del cual fruto dice la Esposa en los Cantares (*g*): A la sombra del que mi ánima deseaba me asenté, y su fruto es dulce á mi garganta.

#### CAPITULO XIII.

Séptimo fruto del árbol de la Cruz, que es aborrecimiento del pecado, y amor de la virtud.

Descendamos agora en particular á tratar de los oficios y partes de la justicia. Esta justicia se divide en dos partes principales, que son apartarse del mal, y abrazar el bien: que es aborrecer al pecado, y amar la virtud. Pues para la primera destas dos cosas (que es aborrecimiento del pecado) ayuda tanto el misterio de la Cruz, que si todos los entendimientos humanos se pusiesen á pensar qué obra podria Dios hacer para declarar la malicia y fealdad del pecado, y el odio que tiene contra él, no era posible hacerse otra obra mas eficaz que esta. Porque ¿con qué podia mas este Señor mostrar este odio, que con la muerte de su unigénito Hijo, de la cual fueron ocasion nuestros pecados, pues es cierto que nadie fuera poderoso para hacerle padecer tantos tormentos, si los pecados no lo hicieran? De manera que mirado bien este negocio, nuestros pecados fueron los autores de tantos males. Y (lo que es digno de mucha consideracion) una sola vez fué este Señor maltratado de sus enemigos; mas de nosotros ha sido todas las horas, y por mas livianas causas. De manera que nosotros lo vendimos, y muchas veces por menor precio que Júdas. Nosotros tambien le desamparámos y negámos, no por temor de la muerte, como los apóstoles y Sant Pedro, sino por un poco de interese, por un deleite bestial, por excusar el trabajo de un ayuno, y á las veces sin ocasion ninguna, por sola la costumbre de mal vivir. Nosotros lo escarnecimos, cuando no hecimos caso de sus mandamientos y doctrina. Nosotros lo pusimos en cruz, cuando no tuvimos empacho de contradecir á los mandamientos que él con su sangre y con su muerte confirmó. Nosotros lo injuriámos, cuando con palabras honestas colorámos nuestras maldades, y cuando escarnecimos y despreciamos á los que en su nombre procuran apartarnos del pecado. Y finalmente nosotros dentro de nos mismos le dimos la muerte y lo sepultámos,

(*e*) Joann. 19. (*f*) Gen. 2. (*g*) Cant. 2.

cuando desterrámos de nuestro corazon el temor y respecto que le debiamos. Estos pues fuéron los verdugos que maltrataron y crucificaron este Señor; ca por destruir á ellos, el Padre eterno entregó su unigénito Hijo á los tormentos de la cruz. En lo cual abiertamente mostró la grandeza del odio que tenia contra el pecado; pues por matar al pecado, ofreció á la muerte su amantísimo Hijo. Porque sabiendo él que no habia otro medio mas conveniente que este para tomar venganza del pecado y desterrarlo del mundo, consintió en la muerte del Hijo por matar á este adversario. Aquí os ruego me digais, ¿qué hará este Señor del hombre que hallare envuelto y abrazado con el pecado, pues esto hizo con su propio Hijo, cuando tomó sobre sí la carga de los pecados?

Y el mismo Hijo de Dios aborreció tanto este monstruo, que por alcanzarnos fuerzas de gracia para vencerlo, se puso á padecer todas las tempestades y encuentros de los hombres y de los demonios, y todos los azotes de la indignacion divina, merecidos por el pecado. Y no solo lo que sufrió en su sagrada pasion, mas todo cuanto en este mundo hizo y dijo, á este fin entre otros se ordenó; y así dijo Esaiás (a), que el fruto de todos los trabajos de Cristo era desterrar y quitar de por medio el pecado. De modo que aunque sean innumerables los frutos de la venida y pasion del Hijo de Dios, es tan propio y tan esencial este de la destruicion y remision de los pecados, que dél mas principalmente hacen mencion todas las sanctas Escrituras, como de raiz y fuente de todos los otros males. Y así el mismo Señor en la postrera cena consagrando su preciosa sangre, dijo (b): Este es el cáliz de mi sangre, la cual será derramada por vosotros, y por otros muchos en remision de los pecados. Y el mismo Señor por Sant Lucas, despues que abrió el entendimiento á los discípulos para entender las escrituras que dél hablaban, les dijo (c): Así está escrito, y así convenia que Cristo padeciese y resuscitase, y luego se predicase penitencia y perdon de pecados en todas las gentes, comenzando dende Hierusalén. Y el apóstol Sant Pedro en los Actos de los apóstoles, predicando el Evangelio á Cornelio Centurion y á su familia, dijo (d), que todos los profetas testificaban que los pecados se perdonaban á los hombres por los méritos y pasion deste Señor. Y así el profeta Miqueas hablando dél, dijo (e) que nos libraria de todas nuestras maldades, y arrojaria en el profundo de la mar todos nuestros pecados. Y finalmente el sancto Precursor de Cristo, viéndole una vez pasar delante de sí, dijo (f): Veis aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. De lo dicho parece claro, que la principal causa del sacrificio de la Cruz fué la victoria del pecado, pagando lo que por él debiamos con tantos dolores, y mereciéndonos por ellos gracia y fortaleza para vencerlos. En lo cual se ve cuán grande sea la malicia deste monstruo, pues tanto fué menester para desterrarlo del mundo.

Muchos y muy espantosos castigos ha habido dende el principio del mundo, con los cuales aquel soberano Juez ha mostrado el extraño odio que tiene contra el pecado, de que las Escrituras sanctas están llenas; y bastaba para esto la pena eterna del infierno, que es proprio castigo dél. Mas todos estos castigos, con ser tan grandes, no declaran tanto la grandeza deste odio, como la venganza que dél tomó el Padre eterno en la

(a) Esai. 27. (b) Matth. 26. (c) Luc. ult. (d) Actor. 10. (e) Mich. ult. (f) Joann. 1.

muerte de su unigénito Hijo, por haber tomado sobre sí las deudas de los pecados. Por lo cual con mucha razon se queja este Señor del pecador, que despues de tal satisfaccion se atreve á pecar, diciendo por Sant Bernardo: ¿Por ventura no fuí asaz afligido por tus pecados? ¿Por qué añades afliccion al afligido? Ca mucho mas me atormentan las heridas de tus pecados, que las llagas de mi cuerpo.

Pues siendo esto así, ¿quién tiene atrevimiento para cometer un solo pecado? ¿Quién no tiembla de solo el nombre dél? ¿Y quién no tiembla de vivir en un mundo tan malo y en un cuerpo tan flaco, donde tiene tantos motivos y ocasiones para pecar? Y sobre todo esto, ¿quién de los que esto entienden y creen no queda muchas veces fuera de sí, viendo la facilidad con que los hombres cometen tantos pecados, habiendo Dios anegado el mundo y hecho de ángeles demonios, y (lo que mas es) entregado su Hijo á la muerte por los pecados? ¿Veis pues cuánta luz nos da este misterio para entender la malicia del pecado, y para causarnos un cruelísimo odio contra él?

#### §. ÚNICO.

Estimacion que se debe tener de la virtud y justicia, viendo lo que Dios hizo por ella.

Pues no nos da menor motivo para enamorarnos de la virtud y justicia, de la cual pende nuestra salvacion. Y así el profeta Daniel á estas dos cosas tan principales dice que se ordenó la venida del Salvador (g): que son dar fin al pecado, y introducir la justicia y sanctidad en el mundo. Pues en cuánto se deba preciar esta justicia, vese por lo que este Señor hizo sobre esta demanda; pues él mismo en persona quiso venir por embajador y procurador della. Con lo cual declaró bastantemente cuán grande era la causa que tuvo tal embajador, tal orador y tal procurador. Y siendo este Señor el que para criar el mundo no tuvo necesidad mas que de solo querer, cuando quiso tratar de la salud del hombre, ¿cuántas palabras habló? cuántas obras hizo, y cuántas cosas padeció? Pues ¿quién no estimará en mucho un negocio en que Dios puso tanto caudal? Si á los hombres parecia que era pequeño negocio ser virtuosos, y anteponian todos los otros negocios á este, vean por aquí cuánto se deba anteponer este á todos los otros; pues la causa de tan gran misterio y de todo lo que el Hijo de Dios en este mundo obró, fué hacer al hombre amador de la virtud. Así lo confiesa Sant Augustin por estas palabras: Decendiste á este mundo, vida mia, y destruiste mi muerte con tu vida; y sonó tu voz en el mundo como un trueno, clamando con palabras y obras, con muerte y vida, con bajar y subir al cielo, que nos volvamos á tí; y esta vuelta no puede ser por otro camino que el de la virtud. Pues ¿qué cosa mas encarecida que la que por tantos medios se encomendó? Cuando un hombre sabio, sobre un pleito que trae, va y viene muchas veces á Roma, entendemos que debe ser el negocio de grande importancia, que le hace andar tantos y tan largos caminos. Y pues aquel tan sabio Hijo de Dios tantos caminos anduvo sobre este negocio, como fué bajar hasta la tierra, hasta el pesebre, hasta la cruz, hasta el sepulcro, hasta una parte del infierno, argumento es que debe ser grandísimo el negocio que trata, pues tantas expensas y caminos le cuesta. Y por tanto si este Señor, no siendo

(g) Dan. 9.

suyo el negocio, sino tuyo, tanto lo estimó por su solahondad, tú, cuyo es el negocio, cuya es la causa, y cuyo es todo el provecho della, ¿en cuánto será razon que lo estimes? ¿Ves luego cuán abiertamente se conoce por este misterio el valor y precio de la virtud, y cuánto queda el hombre por esta razon obligado á estimarla y aficionarse á ella?

#### CAPITULO XIV.

Octavo fructo del árbol de la Cruz, que es la caridad.

Despues de haber tratado en comun del amor de la virtud y aborrecimiento del pecado, síguese que tratemos luego de algunas particulares virtudes, para las cuales hallarémos grandes ejemplos y motivos en el misterio de la Cruz. Porque (como se suele decir) la doctrina moral es de poco provecho tratada generalmente, si no se deciente á lo particular. Por tanto, habiendo de escribir aquí destas virtudes, comenzarémos por la mayor dellas, que es la caridad: de cuyas excelencias tratámos algo en dos libros del amor de Dios, á los cuales remitimos al cristiano lector. Solamente dirémos aquí que la caridad es reina y señora de todas las virtudes: ella la vida, la forma, y el ánima y la hermosura dellas, sin la cual (como dice el Apóstol) (a) ni la fe, ni la esperanza, ni la profecía, ni el martirio, ni el hablar en lenguas de hombres, ni de ángeles, ni otra alguna virtud tiene precio ni mérito ante Dios. Y sobre todo esto ella es la que nos da fuerzas y aliento para todas las obras virtuosas. Porque esta es la condición general del amor, esforzar al hombre para cualquier trabajo que se deba de hacer por la cosa que ama. El amor del dinero hace al hombre ir hasta el cabo del mundo, y no recelar peligros de mar ni de tierra. El amor hace con los padres sufrir todas las molestias y cargas de sus hijos, y desposeerse de cuanto tienen por remediarlos. De suerte que, cuando es menester caminar, sirve de piés; cuando dar, sirve de manos; cuando llevar cargas, sirve de hombros, y cuando acometer peligros, sirve de ánimo y corazon. Pues para alcanzar esta virtud habia un grande impedimento, así por parte de la bajeza de nuestra naturaleza, como por parte de la alteza de la divina. Porque como el espíritu del hombre esté ahí atado y como sumido en este cuerpo material, y no pueda entender nada sino por las imágenes de las cosas sensibles, no se aplica tan fácilmente á amar sino las cosas sensibles, y porque en las espirituales no halla tomo, aunque sean mucho mas nobles. Pues como Dios sea un espíritu altísimo y purísimo, y esté infinitamente encumbrado sobre todo lo criado, y tenga él otra manera de sér tan diferente de todo otro sér criado, parecerle ha al hombre ignorante que ningun linaje de proporcion hay entre el hombre y él, para que lo haya de amar con summo amor (como él merece) no pudiéndolo ver ni imaginar como á las cosas que en la tierra ama. Y así se escribe de un simple ermitaño (b), que teniendo el error de aquellos herejes que ponian en Dios miembros humanos, como fuese desengañado deste error, no acertaba á contemplar en Dios como solia, y quejábale diciendo: ¡Ay! que me han quitado á mi Dios!

Pues ¿qué remedio para esta rudeza humana? Hallólo la sabiduría divina muy conveniente con el misterio de la encarnacion: por el cual el mismo Hijo de Dios se

(a) 1. Cor. 13. (b) Somniavit. Tertullianus. Apud August. epist. 157. Optato.

vistió de carne, y conversó en este mundo con los hombres; y desta manera ya el hombre de carne, que no sabia amar sino cosas envueltas en carne, tiene á su Dios vestido desta ropa tan acomodada á su propia naturaleza. Desta manera pues, aquel purísimo espíritu, envuelto en carne, se hizo amable á los hombres que no sabían amar sino cosas de carne. Lo cual (como adelante verémos) nos representa aquel calor que recibió la carne del niño muerto, hijo de la huéspeda de Heliseo, cuando el Profeta se encogió y se tendió sobre él (c).

#### §. I.

Descubriónos Dios sus amabilísimas condiciones, para enamorarnos de sí en este soberano misterio.

Mas hay aun aquí otra cosa mucho para considerar, y es que la principal dificultad que el hombre hallaba en levantarse á amar aquel Espíritu altísimo, era no saber las propiedades y condicion que tiene para con los hombres, por ser aquella soberana substancia infinitamente aventajada sobre la nuestra, y así imaginaria que no tiene las propiedades acomodadas á nuestro amor. Pues para sacarnos deste engaño, y quitar este impedimento, decendió el Hijo de Dios del seno de su padre á este mundo, y conversó con los hombres, con tanta caridad, con tanta mansedumbre y humildad, con tanta piedad y blandura, con entrañas de tanta misericordia y compasion de las miserias humanas, con tanto celo de la salvacion de las ánimas, que todos los pasos de su vida sanctísima empleó en remediar las enfermedades de los cuerpos, y en procurar la salvacion de las ánimas. Pues ¿qué diré de las entrañas de misericordia que mostró cuando vió la ciudad de Hierusalén, llorando y lamentando su caída (d)? Por donde las primeras palabras que habló en la Cruz fuéron rogar al Padre por los que en aquel tiempo, no contentos con ver lo que padecia, estaban escarneciendo dél (e). ¿Qué diré de aquella tan profunda humildad que mostró el mismo día que resucitó, enviando á la sancta Magdalena con este recado (f): Vé á mis hermanos, y díles que subo á mi Padre, y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios? Pues ¿qué mayor humildad y blandura, que el Señor de todo lo criado llamase á unos rústicos pescadores hermanos suyos, y mas habiéndole sido dos dias ántes tan desleales, que al tiempo de la pasion echaron á huir, y le dejaron en medio de sus enemigos? Finalmente, tanta fué la blandura de su piedad y misericordia para con los flacos, mayormente en su primera venida, que por eso en las escrituras, así del Viejo como del Nuevo Testamento, es llamado Cordero. Porque así lo llama Esaiás (g), así el sancto Baptista (h), y Sant Juan Evangelista, en su Apocalipsi (i).

Es tambien una señalada condicion de aquella infinita bondad tener grande amor á los buenos, y grande aborrecimiento á los malos, en cuanto malos. La primera destas dos cosas nos mostró, cuando diciéndole un hombre que su madre y sus hermanos le buscaban, respondió (k): ¿Quién es mi madre, y quién mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discípulos, dijo: Estos son mi madre y mis hermanos. Porque quien quiera que hiciere la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. Pues ¿con qué palabras se pudiera encarecer mas la dignidad de los

(c) 4. Reg. 4. (d) Lucae 19. (e) Lucae 23. (f) Joan. 20. (g) Esai. 53. (h) Joan. 1. (i) Apoc. 5. (k) Matth. 12.